

## **Subjetividades masculinas tradicionales y violencia**

Análisis del modelo hegemónico en un grupo de varones desde la articulación entre el psicoanálisis y las teorías de género

Marchisio, Silvina Alejandra<sup>1</sup>

Campo, Claudia Inés<sup>2</sup>

Recibido: 17/06/2020

Aceptado: 08/07/2020

### **Resumen**

Este trabajo se deriva de un Proyecto de Investigación Consolidado de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de San Luis, que aborda las relaciones asimétricas de poder entre los géneros masculino y femenino. El marco teórico referencial está constituido por las conceptualizaciones de los/as autores/as que articulan psicoanálisis con perspectiva de género. La temática se estudia en dos franjas etarias de varones y mujeres, a las que se les aplica una entrevista semi-estructurada elaborada para tal fin. En este artículo se presentan las producciones de cinco varones cuyas edades se encuentran comprendidas entre los 50 y 60 años.

El objetivo de esta comunicación es analizar en este grupo de varones cuyo modo de subjetivación se considera tradicional (Meler, 1994, 1996; Tajer, 2009), los mandatos e ideales, la problemática del narcisismo, las habilidades yoicas, así como el despliegue libidinal y de la hostilidad en los distintos vínculos: con la pareja, con los hijos/as y en el trabajo. Se indagan además las distintas manifestaciones de violencia que encarna la masculinidad hegemónica.

Se advierte la dificultad para realizar una revisión de posicionamientos masculinos rígidos, que estaría relacionada con la conmoción narcisista que implica. La omnipotencia, el ejercicio del

---

<sup>1</sup> Dra. Profesora Titular de la Asignatura Psicoanálisis. Facultad de Psicología Universidad Nacional de San Luis. Mail: [smarchisio00@gmail.com](mailto:smarchisio00@gmail.com)

<sup>2</sup> Mag. Campo, Claudia Inés. Profesora Asociada de la Asignatura Psicoanálisis. Facultad de Psicología Universidad Nacional de San Luis. Mail: [claudiainesc3@gmail.com](mailto:claudiainesc3@gmail.com)

poder encubierto en algunos casos bajo la forma de protección, involucra actitudes violentas en los distintos vínculos y en grado variable.

El tránsito por procesos de duelo resulta inevitable para producir nuevas prácticas, representaciones y significados, modificando mandatos tradicionales de su subjetividad

**Palabras claves:** masculinidades; violencia; mandatos; psicoanálisis y género

### **Traditional male subjectivities and violence**

Analysis of the hegemonic model in a group of men from the articulation between psychoanalysis and gender theories

#### **Abstract**

This work is derived from a Consolidated Research Project of the Faculty of Psychology of the National University of San Luis, which addresses the asymmetric relationships of power between the male and female genders. The theoretical framework of reference is constituted by the conceptualizations of the authors who articulate psychoanalysis with a gender perspective.

The subject is studied in two age groups of men and women, to whom a semi-structured interview prepared for this purpose is applied. This article presents the productions of five men whose ages are between 50 and 60 years.

The objective of this communication is to analyse in this group of men whose mode of subjectivation is considered traditional (Meler, 1994, 1996; Tajer, 2009), the mandates and ideals, the problem of narcissism, ego abilities, as well as libidinal deployment and of hostility in the different ties: with the couple, with the children and at work. The different manifestations of violence that embody hegemonic masculinity are also investigated.

The difficulty to carry out a review of rigid male positions is noted, which would be related to the narcissistic shock that it implies. Omnipotence, the exercise of covert power in some cases in the form of protection, involves violent attitudes in the different links and to varying degrees.

The transit through mourning processes is inevitable to produce new practices, representations and meanings, modifying traditional mandates of their subjectivity.

**Key words:** masculinities; violence; mandates; psychoanalysis and gender

#### **Introducción**

Este artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación Consolidado N° 120318; 22/P807: "Análisis de la incidencia de las relaciones de poder en la construcción de las subjetividades femeninas y masculinas desde el psicoanálisis con perspectiva de género"

perteneciente a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de San Luis. El objetivo general del mismo es indagar el aporte de la articulación entre el psicoanálisis y las teorías de género, así como las formulaciones elaboradas desde otras disciplinas sociales, en la comprensión de las relaciones asimétricas de poder entre mujeres y varones. Se trata de identificar los modos de subjetivación derivados de la desigualación genérica.

Se desea destacar que se emplean los términos mujeres y varones desde la perspectiva de lo que Spivak (1987) denomina esencialismo estratégico. Es decir, se trata de categorías operacionales, si bien se comparte la idea de la deconstrucción de las identidades fijas y estables. Se asume que el uso de estos conceptos no expresan la multiplicidad y heterogeneidad de las personas.

La metodología utilizada es de orientación cualitativa y el tipo de estudio es descriptivo-interpretativo. La muestra total de la investigación está conformada por 40 sujetos (20 mujeres y 20 varones), ubicadas/os en dos rangos de edad: 25 a 35 años y 50 a 60 años, que aceptaron colaborar de modo voluntario, son residentes en la ciudad de San Luis y pertenecen a sectores medios urbanos. El instrumento utilizado es una entrevista semiestructurada elaborada por el equipo, con la finalidad de responder a los objetivos propuestos. La misma fue aplicada en dos o tres encuentros a cada uno de los/as sujetos de la muestra.

De los 20 varones, diez se ubican en la segunda franja etaria, de los cuales cinco responden a un modo de subjetivación tradicional, cuatro al transicional y solamente uno de ellos al innovador (Meler, 1994, 1996; Tajer, 2009)

El objetivo de esta comunicación es analizar en los cinco varones identificados como tradicionales, los mandatos, ideales, la problemática del narcisismo, las habilidades yoicas, así como el despliegue libidinal y de la hostilidad en los distintos vínculos: con la pareja, con los hijos/as y con el trabajo. Se indagan además, las distintas manifestaciones de violencia que encarna la masculinidad hegemónica.

Al momento de la entrevista cuatro de los integrantes de este subgrupo se encontraban en una relación de pareja heterosexual y todos son padres. El nivel de escolaridad de tres de ellos es universitario completo, uno posee estudio universitario incompleto y el restante, terciario incompleto. En relación a la actividad laboral, sólo uno se encuentra desocupado, dos se desempeñan como docentes, uno es policía retirado y el restante es empleado administrativo en cargo jerárquico de una empresa.

### **Algunas consideraciones teóricas**

La masculinidad como campo de estudio constituye hoy en día un tema de interés social, principalmente debido a la vigencia de las transformaciones de los roles de género y los desajustes que se producen dentro de los papeles sexuales tradicionales, con respecto a las

nuevas formas, más igualitarias, de organización y relación entre mujeres y varones. El hacerse hombre, así como el hacerse mujer, equivale a un proceso de construcción social en el que a lo masculino le corresponden una serie de rasgos, comportamientos, símbolos y valores, definidos por la sociedad. Estos interactúan junto con otros elementos como la etnia, la clase social, el sexo, la edad, el nivel de escolaridad y las creencias religiosas, entre otros.

De este modo, el ser varón no constituye una esencia, sino que se relaciona con una ideología que tiende a justificar la dominación. Se considera que parte de la masculinidad se construye en función de mandatos y estereotipos sociales.

Para contextualizar el estudio de las masculinidades resulta fundamental definir y abordar el patriarcado como sistema opresivo. Según Giberti (2017), el patriarcado está inscripto en el poder que tienen los padres sobre sus hijos, ya sea por medio de la fuerza, la opresión, las amenazas o las represiones reales o simbólicas. Establece también el modelo de relación con las mujeres, de manera tal que les otorga un lugar de subordinación tanto en las organizaciones familiares como en cualquier otra institución. Es decir, que el patriarcado es un sistema político, histórico y social basado en la construcción de desigualdades que interpreta las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres en términos de jerarquías: la superioridad se asocia al género masculino y la inferioridad al femenino. Se sostiene en estrecha relación con el sistema de producción capitalista, como mecanismo que refuerza la explotación y la opresión de una minoría sobre las mayorías. De este modo, las mujeres y las identidades disidentes, son colocadas en un lugar de subalternidad frente al hombre. La condición masculina es considerada como lo correcto, lo justo, lo apropiado, y la condición femenina como lo incompleto, lo carente, lo desviado.

Esta desigualación que promueve el patriarcado establece marcos que dan lugar a la violencia simbólica. Se construye así un mundo donde se imponen formas bajo el supuesto que son únicas. Este tipo de violencia aísla, divide, condena y hasta aniquila. Se asume que cualquier modalidad de dominación implica violencia simbólica, ya que descalifica, segrega o utiliza de modo arbitrario el poder sobre otro/a, de manera más o menos explícita. Este poder se ejerce a través de la comunicación y el conocimiento. Es el producto de un trabajo continuado e histórico de reproducción de este tipo de relaciones, donde participan no sólo los agentes individuales, sino distintas instituciones tales como: la familia, la iglesia, la escuela y el estado. La lógica de la dominación masculina responde al objetivo de mantener un orden social determinado, es por ello que cualquier cambio que se intenta introducir en los mandatos establecidos deberá ser sofocado, recurriendo al empleo del miedo y la violencia en sus diversas modalidades. (Bourdieu, 2000).

En los vínculos familiares o de pareja, cuando no se reconoce al otro/a como diferente se inicia un circuito de violencia. El dominio que el hombre violento necesita ejercer lleva implícita

la creencia que nada debe estar fuera de su control. A través de actitudes machistas se reproducen conductas aprendidas, socializadas, aceptadas y normalizadas.

De esta manera, el patriarcado ha construido como modelo de ser varón las llamadas masculinidades hegemónicas. Esta denominación remite al modo en que la ideología dominante ha logrado instaurar una matriz que ha alcanzado el consenso en el imaginario simbólico a través de diversas instituciones.

Segato (2017) se refiere a los mandatos de masculinidad como una pedagogía de expropiación de valor y consiguiente dominación hacia el género femenino. En relación a la violencia patriarcal acuña el concepto de due idad, como una forma extrema de control de los varones hacia las mujeres a quienes toman como objetos de su propiedad. Según la autora, ello produce crímenes que denomina "del patriarcado colonial moderno" (p.17), que se dirigen contra todo lo que desestabiliza y parece desafiar con desobediencias a este sistema opresivo.

Desde un psicoanálisis con perspectiva de género, se consideran valiosos los aportes de Burin y Meler (2000). Afirman que tanto la feminidad como la masculinidad son construcciones colectivas, que contienen una compleja red de prescripciones y proscripciones para la subjetividad de cada género. Ellas abordan la hostilidad como una característica masculina. Esta es una de las propuestas más controversiales cuando se procura entrelazar hipótesis psicoanalíticas con las teorías de género sobre la construcción social de la subjetividad masculina. Así, las primeras ponen el acento en los movimientos pulsionales y sus destinos, las otras enfatizan las formaciones culturales que inciden sobre la construcción genérica de los varones y su procesamiento de la agresión. La articulación entre los dos enfoques posibilita comprender la agresividad en los varones desde un paradigma complejo (Mor n, 1990) evitando explicaciones desde un v rtice simplista.

A partir de estos desarrollos es posible pensar las violencias que algunos varones ejercen sobre sí mismos, tales como suicidios, alcoholismo, adicciones en general, así como sobre los/as otros/as, como efectos de una masculinidad fragilizada.

Las autoras sostienen la necesidad de referirse al concepto de masculinidad como representaciones colectivas cambiantes a lo largo de la historia y de las regiones del planeta, pero que hasta el momento se han encuadrado dentro del sistema de género polarizado y jerárquico.

El género entendido como un organizador general del psiquismo, precede el nacimiento del sujeto y en este sentido condiciona el desarrollo del yo como estructura, así como la modalidad en que evoluciona el sistema ideal del yo-superyó (Dio Bleichmar, 1985, 1977).

Bonino Méndez (2002) enfatiza que la masculinidad hegemónica se ha constituido a lo largo de la historia occidental como un estructurador indiscutible de las identidades sexuales y

sociales, contribuyendo de forma externa y preexistente a la construcción subjetiva de valores y antivalores, a los que un varón debe ajustarse para ser un hombre adaptado.

Desde esta perspectiva Bonino Méndez (1998); Benjamin (1995); Burin y Meler (2000) sostienen que la masculinidad hegemónica se conforma como un ordenador privilegiado de la estructuración del psiquismo y del cuerpo, en su intersección con otras relaciones de poder, tales como la edad, etnia, clase, género, sexo, entre otras, consiguiendo de esta manera producir sus efectos.

La noción de modo de subjetivación es un constructo conceptual que refiere a la relación entre las formas de representación que cada sociedad instituye para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior y las maneras en las cuales cada sujeto constituye su singularidad (Bleichmar, 2005).

Tajer (2009) sostiene que el impacto de los cambios históricos y vinculares en los modos de subjetivación de ambos géneros, se expresa en las modificaciones de las exigencias e ideales sociales a partir de las que se conforma el psiquismo. Es decir, en las formas de desarrollo de los afectos, los deseos y los modelos, a partir de los cuales los sujetos constituyen su identidad y su autoestima.

La autora propone la utilización de la sistematización de las modalidades de subjetivación tradicional, transicional e innovadora, para el género masculino a los fines de comprender sus características, funcionamiento y modalidades de relación.

Denomina modo tradicional, a la conformación de la masculinidad de los varones que han estructurado su vida en relación con los valores ligados a la condición de proveedores económicos de la familia. Su área fundamental de desarrollo vital es el mundo público: el trabajo, la política, los clubes e instituciones, entre otros.

Para ellos es natural una división desigual de roles y poderes entre varones y mujeres. A raíz de esto, gozan de mayores posibilidades y prerrogativas que ellas, por lo que la diferencia se transforma en asimetría en las relaciones de poder. El modo de subjetivación tradicional masculina está en relación con la construcción de un tipo de masculinidad hegemónica.

Esta asimetría se articula con un doble estándar moral en el campo de la sexualidad. Los varones diferencian entre las mujeres buenas para casarse y las malas para el disfrute sexual, de este modo expresan una marcada disociación entre erotismo y ternura. Esperan que sus esposas y compañeras se comporten de manera maternal y tierna, así la sexualidad genital está asociada a la degradación del objeto erótico.

Los varones tradicionales consideran que es legítima la expresión de sus sentimientos hostiles, ya sea que se dirijan a sus mujeres, niños/as, así como a sus subordinados sociales o laborales, pero también en la relación con sus pares varones considerados de menor jerarquía. Utilizan de manera instrumental la hostilidad para lograr lo que desean, recurriendo incluso a la

violencia. Valoran el auto-control de la ira y niegan los conflictos afectivos, ya que tienen dificultades para resolverlos y expresarlos.

Su autoestima está en estrecha relación con el dominio de sí, la disciplina moral e intelectual y la posibilidad de procrear. La idea de ser un buen hombre está ligado al ser trabajador, proveedor, respetado y progresar.

Tienden a homologar la identidad personal con la de género, por lo tanto, cualquier amenaza hacia los valores a los que está vinculada su identidad es sentida como un ataque a su propia masculinidad. Cuando suceden hechos de este tipo, se defienden reafirmando su virilidad de dominio, lo que incluye mecanismos de desvalorización de los otros/as en general, y en especial de las mujeres. Establecen con ellas relaciones de jerarquía y tutela, las cuidan si las quieren o si están a su cargo, pero no las consideran pares con igualdad de derechos.

La representación de la virilidad ligada al valor de asumir riesgos físicos, genera la exposición a peligros y excesos, así como la falta de registro del cansancio. Perciben su cuerpo como una máquina de rendimiento, por lo cual tienen dificultades para el auto cuidado y el de otros/as.

Tajer (2009) afirma que los modos de subjetivación masculinos transicionales se corresponden con la forma de funcionamiento de algunos varones más modernizados, para los cuales tener una relación de mayor paridad con las mujeres es parte de sus expectativas en la vida adulta. Conservan algo del modelo del varón público-proveedor, incorporando la afectividad y la cercanía cotidiana en la construcción de los vínculos familiares y de pareja.

En las relaciones que establecen suelen ejercer un poder de dominio masculino atenuado, confrontándolos a nuevas y múltiples paradojas en la articulación de áreas, proyectos y modelos tanto propios como de la pareja.

La expresión de los sentimientos hostiles, a diferencia del modelo tradicional, coexiste con la conciencia del dolor que pueden infligir en el otro/a. En este sentido, tienen la habilidad de implementar de modo instrumental la hostilidad y consideran que pueden utilizar la violencia en situaciones límites, aunque valoran poder controlar sus manifestaciones. La negación de los conflictos afectivos es menor.

En el plano erótico tienen una mayor integración entre ternura y erotismo, pero se mantiene en ellos la expectativa de respuesta de tipo materno, en la relación con esposas y compañeras. La doble vida afectiva les genera más conflicto que a los varones tradicionales, ya que experimentan empatía frente al posible sufrimiento que podrían causar a sus parejas y también evalúan la posible pérdida de éstas.

El ideal del yo está conformado en torno a valores ligados al esfuerzo, la voluntad y la bondad. La autoestima depende de ser un buen hombre en el trabajo, de la capacidad de provisión material y del ser respetado en el ámbito laboral, así como la posibilidad de ser valorado

a partir de sus cualidades emocionales. No consideran que su autoestima se vea amenazada si demuestran sus sentimientos tiernos y relativizan la apreciación del éxito.

Los hombres transicionales pueden expresar y compartir sentimientos y hablar de ellos con amigos y con sus parejas. Si bien consideran que tienen la responsabilidad de ser los proveedores principales, valoran que las mujeres trabajen.

El último modo de subjetivación masculina que la autora describe es el innovador. Desde su perspectiva, éste no constituye una tipología específica, sino que incluye una amplia gama de modalidades de construcción subjetiva. Para estos varones, el éxito en el mundo público, la conyugalidad y la paternidad son una opción en la estructuración de la masculinidad, no son prerrogativas excluyentes ni absolutas. Tienden a cuidarse más a sí mismos y a sus seres queridos, desde una lógica de democratización de las relaciones entre los géneros y las generaciones.

La legitimación de los sentimientos hostiles y su expresión, encuentra un límite al registrar los daños y sus consecuencias sobre la alteridad, así como el costo emocional para ellos mismos.

Estos varones innovadores valoran la integración entre el erotismo como la ternura. La fidelidad es un valor asociado a la opción personal, la lealtad, al estar enamorado y/o a la satisfacción con el vínculo.

El ideal incluye la belleza, la bondad y aspectos creativos, sin necesidad de alienarse en el trabajo. En lo que respecta a su cuerpo pueden percibirlo como algo propio, con ideales de cuidado con relación a la salud y también a la estética.

### **Aspectos más significativos del análisis del material clínico obtenido**

Los cinco sujetos analizados que se ubican por sus características en un modo de subjetivación tradicional, se describen como varones a partir de la equiparación entre masculino y “ser macho, bien definido”. La posesión del pene, es decir, el atributo biológico, es considerado fundamental para percibirse como varones, así como el responder a los estereotipos tradicionales que prescriben una determinada forma de expresión de género masculino. Uno de los entrevistados, para referirse a aspectos que lo caracterizan como hombre, expresa: “porque tengo barba, pelo, tengo pene, me visto como hombre (...) me gustan las mujeres, no tengo interés en los hombres sexualmente.” (Dante).

La identificación con la heterosexualidad como modalidad de elección erótica es otro aspecto que manifiestan como incuestionable en tanto emblema de la masculinidad. Es una norma internalizada y altamente valorada en el status social de la hegemonía patriarcal. La adecuación a ella es vivenciada como un parámetro definitorio del ser y por lo tanto, como suministro narcisista. La heterosexualidad es considerada “la identificación normal del género”



(Germán), como una característica dada por naturaleza al ser varón. En este sentido, revelan una convicción esencialista sobre la construcción de la identidad masculina y de la elección de objeto. Toda subjetividad que se aparta de esta norma es significada, en palabras de los entrevistados, como “enferma” y despierta en ellos el esfuerzo por “tolerar” esas existencias disidentes. Ser hombres “respetuosos” de las pautas sociales actuales y aggiornados a los cambios y discursos de época, también es considerado lo adecuado para un varón que debe priorizar lo racional, como característica de su género. Esto sustenta en ellos la fantasía de ser equitativos e igualitarios en las relaciones con los otros géneros.

Otro rasgo significado como específico es cierta cuota de violencia, de acción y de imposición de sus ideas en situaciones de tensión. Estas actitudes son consideradas por ellos, como aquellas que los hacen “bien definidos”. Es decir, se advierte la dificultad para empatizar con el/la otro/a en experiencias donde surge el conflicto. Luchan para imponer sus posiciones, ya que de lo contrario temen que “los lleven por delante”. Si esto sucede, surge la fantasía de ser varones en menos, es decir, vulnerables, caídos, lo que implicaría una afrenta narcisista que pondría en duda su masculinidad. La arrogancia y omnipotencia son las emociones predominantes que acompañan estas descripciones. Una expresión que ilustra la necesidad de ostentar poder es la siguiente: “soy tranquilo, abierto, un poco absorbente pero light (...) es como que, sin querer trato de imponer mis cosas, es algo que ya viene con el género masculino...” (Esteban).

El ideal de género introyectado está asociado a la imposición de los propios deseos, opiniones y a la toma de decisiones de modo unilateral. En la mayoría de los sujetos se infiere que el dominio de las situaciones en los diferentes vínculos, es logrado con manifestaciones de violencia, aunque más sutiles. Es así que se detecta un intenso sentimiento de dueñidad (Segato, 2017) sobre los/las otros/as. Expresiones tales como: “tengo totalmente en claro que no soy dueño de su vida” son utilizadas para referirse a su pareja (Esteban), haciendo uso de escisiones extremas a través de las cuales desmiente las consecuencias de sus acciones.

Consideran que el hombre debe proteger a los demás. En algunos casos sus discursos resultan engañosos, ya que parecen describir actitudes de cuidado y cierta empatía en las relaciones familiares y laborales. Sin embargo, en los relatos subyace la idea de un otro/a desvalido/a, que no puede decidir y cuidar de sí mismo, o que sin su intervención corre el riesgo de ser víctima de injusticias. Un ejemplo de ello es el de Gregorio, que al definirse como varón expresa: “tengo todas las características del dador (...), soy solidario, muy conciliador, protector de la familia, de los empleados...”. “Tiene que ver con ser protector (...) es peligroso para la propia persona porque se olvida muchas veces de uno por servir al otro”.

Se podría conjeturar que “ser dador” y ser reconocido por los/las otros/as como tal, le otorga un refuerzo narcisista. Esta característica se torna una sobreexigencia que lo lleva

inclusive a poner su propio bienestar y salud psicofísica en riesgo. Se detecta que en su fantasía, la alteridad representa otro/a inferior a él y a sus capacidades.

El mandato de ser proveedor y protector adquiere en este grupo de varones diferentes matices, pero en todos ellos resulta un imperativo superyoico. Este mito impuesto por el modelo de masculinidad hegemónico, les acarrea diversos costos en la salud y en los vínculos, así como en la posibilidad de desarrollar nuevas potencialidades a partir de reconocer sus limitaciones. Además, promueve un despliegue de diferentes formas de violencia en las relaciones intersubjetivas.

En este sentido, en el vínculo con las parejas, revelan una actitud de descalificación, considerándolas inferiores o poco preparadas para desarrollar proyectos personales fuera de la familia. El rol de proveedor económico, en algunos casos absoluto, es asumido sin ninguna posibilidad de crítica o revisión.

Se posicionan en un lugar de superioridad y tutelaje respecto a sus compañeras, a las que describen como débiles, incapaces o limitadas. Dante expresa: “no está bien para trabajar, no tiene estudios, yo no le exijo” (...) “Cuando éramos jóvenes que teníamos los hijos chicos, ella quería trabajar, y le dije si vas a conseguir un trabajo como mi sueldo para poner una mujer al cuidado no... quédate a cuidar a tus hijos”. La violencia simbólica, psicológica y económica que se detecta, no es reconocida como tal. En este sentido, la construcción de una masculinidad acorde con los formatos tradicionales, se asienta en la naturalización del borramiento de la subjetividad de la mujer. Resulta significativo que este entrevistado menciona un episodio de agresión física, del cual manifiesta arrepentirse, y que sea el único hecho que puede identificar como despliegue de violencia.

En los casos en que las parejas desarrollan un trabajo extradoméstico, a partir del cual realizan un aporte a la economía familiar que resulta beneficioso, el mismo es considerado secundario y es menospreciado. Germán, actualmente divorciado, haciendo referencia al momento en que su ex pareja finaliza sus estudios, relata: “empezó a trabajar ella, hacía algunas cositas del trabajo”. El ideal de proveedor único es una aspiración tan intensamente libidinizada, que los lleva a ciertas fallas en el juicio de realidad. Germán se reconoce como “jefe de familia”, quien toma las decisiones, e incluso como él mismo señala, “impone” ciertos funcionamientos. Si bien parece hasta cierto punto, tener conciencia de haber cometido “errores” en el vínculo, a causa de construcciones culturales patriarcales, no se advierte un proceso de reflexión que conlleve un cambio significativo en su subjetividad.

Estos varones asumen el rol de “educadores” de sus parejas, las “guían” y les “enseñan” desde el lugar de expertos conocedores del mundo público. En algunos casos, también se desempeñan como los organizadores de las tareas y de la vida doméstica. Gregorio, con un gran sentimiento de omnipotencia, tiene la creencia que puede desempeñarse en todos los roles,

incluidas las actividades diarias del hogar, con mayor eficiencia que su esposa. Sin embargo, las considera como t picas de las mujeres, es por ello que al realizarlas surge la fantasía de “hacer de madre”. Esto denota gran ansiedad confusional, ya que equipara y reduce el rol de madre a las tareas domésticas y a la satisfacción de necesidades básicas, sin tomar en cuenta el lugar de los afectos en el vínculo de apego. Además, niega de modo omnipotente el rol de su pareja, madre de sus hijos, en la dinámica familiar, intentando ocupar todos los espacios. La violencia desplegada en la relación, es de este modo escindida y permanece invisibilizada. En consecuencia, sostiene la convicción de “no ser machista”, reproduciendo y perpetuando conductas de opresión, anulación o descrédito hacia su compañera en particular y hacia las mujeres en general.

Las decisiones en la vida de pareja dentro del hogar, son tomadas prácticamente de modo unilateral. Esto suele ser relativizado en los discursos con una fachada de “acuerdos”, o manifestando que ellas deciden “algunas cosas”. De este modo, se pone en evidencia la asimetría de poder entre los géneros. Julio relata: “yo creo que de alguna manera la influencia, en otros lados también me pasa, ella es como más tranqui. Aunque no me gusta que pase eso”. Las actitudes tendientes a dirigir y conducir, características de la masculinidad hegemónica, son desplegadas también en otros ámbitos. Los efectos de la omnipotencia masculina y del ejercicio de la violencia hacia las parejas, son minimizados a través de la idea de “influir”, tanto a ellas como a los hijos y a los/las pares en el trabajo.

En este sentido, las parejas son percibidas como objetos de su posesión. Si bien describen relaciones de aparente compañerismo y armonía, se infiere que este clima emocional sólo resulta posible si ellos pueden ejercer la autoridad, que mayoritariamente expresan bajo la forma de protección. La dicotomía dominante-dominada es la matriz en la que se inscribe la relación intersubjetiva. La ausencia de responsabilidad por el daño ocasionado y la falta de empatía, evidencian el predominio de posicionamientos narcisistas.

En cuanto a la paternidad, si bien estos cinco entrevistados revelan estilos que se corresponden con el modelo tradicional, se pueden advertir algunos matices diferentes.

Dos de ellos (Dante y Esteban), consideran que el ser padres es algo que se da de modo “natural”, como el casarse. Es decir, que no es significado como un proyecto personal o construido en pareja. Una expresión significativa es la de Dante, quien verbaliza: “vos est s hecho como hombre, por lo tanto, tenés que engendrar para ser padre, eso es natural”. Al describirse en el desarrollo de esta función, manifiesta: “no s  si fui el mejor padre, pero s  he tratado de que tengan educación, de que tengan lo mejor que se pueda tener, dentro de las posibilidades económicas, yo tendría a todos mis hijos con una casa y un auto”. En estos varones, el modelo introyectado es el de un padre que satisface necesidades materiales.

Esteban, por ejemplo, relata que sus hijos “vinieron porque los mandó Dios (...) Tengo cuatro hijos biológicos y la otra nena que se crió con nosotros, pero no es hija mía”. La planificación de la procreación, el ejercicio de una sexualidad cuidada y responsable, parece no formar parte de este tipo de masculinidad. Al referirse a los/as hijos/as se evidencia la distancia en el vínculo afectivo. Es decir, una disociación extrema de las emociones, que son atribuidas como exclusivas de las mujeres.

El intercambio emocional con los/las hijos/hijas no es vivenciado como lo central en el vínculo, la función paterna se basa en el aporte económico. Sin embargo, en uno de ellos, se advierte un trato más cálido y afectuoso con los nietos, reconociendo la diferencia en esta relación, respecto del vínculo con sus hijos/as en la infancia, época en la que estaba más preocupado por su trabajo y por el sustento económico de la familia, que por el afecto.

La función de apego es asumida por ellos como una responsabilidad exclusiva de las madres, ya que consideran que la dependencia infantil está en relación con esta figura. Si bien mencionan cierta “colaboración” en el cuidado de los/las niños/as, no adquiere un sentido de corresponsabilidad.

En los otros tres varones, se detecta un esfuerzo por estar más presentes y compartir actividades. Sin embargo, se advierte una crianza diferencial por género y un tutelaje de las actividades de los/las hijos/hijas. Germán expresa: hubo “demasiada presencia, (...) “demasiado meterme en el sentido de guiarlos”. Relata además, respecto a su hija mujer, haber establecido “una relación muy fuerte en la que haces muchas cosas, la metes en tus planes y de más, de pronto la otra parte quiere sus planes y no los tuyos (...) la crié medio machona, de jugar al fútbol, de escalar, de hacer cosas menos comunes para las chicas en esa época...”. Se advierte cierta conciencia de la imposición de sus deseos, a consecuencia de la identificación proyectiva (Klein, 1946) de aspiraciones propias en el vínculo con la hija. Esta actitud se repite en todas las relaciones con el género femenino.

Julio y Gregorio le otorgan a la paternidad un espacio central en sus vidas y constituye un eje definitorio de su masculinidad. “Mi rol de varón es de padre, Se me ocurre ese, cuando digo padre, estoy pensando la presencia con los hijos y yo salgo a trabajar pero igual me arreglo para estar ahí. En general pasa que el macho está trabajando y no se ocupa de sus hijos...” (Julio). Se detecta una transformación en los roles de género y una crítica al varón tradicional desconectado de la crianza de los/las hijos/as. Aparecería como un giro de época en estas subjetividades, la crítica a los padres poco presentes y a figuras femeninas dedicadas exclusivamente a lo doméstico.

En este sentido, el proceso de integración de los varones de mediana edad en nuevas modalidades de organización familiar, revela algún intento por ampliar su participación en las tareas del hogar y en el cuidado de los/las niños/niñas. Sin embargo, aún es intensa la resistencia

a participar en el ámbito doméstico. En cambio, parece ampliarse el concepto de paternidad y tienden a darle un lugar más importante en su vida, con espacio para disfrutar de tiempos de recreación con los/las hijos/hijas, así como para estimularlos/as y acompañarlos/as en el desarrollo personal.

Existe coincidencia respecto que los cambios en los estereotipos hegemónicos que regían la existencia de los varones, se vienen dando mucho más rápidamente en el ejercicio de la paternidad y más trabajosamente en lo que hace a la práctica de las tareas domésticas. De este modo, las mujeres se aliviarían en la crianza de los/las hijos/as, pero no en las actividades del hogar, que los varones consideran como tediosas y rutinarias.

Si bien en los cinco varones se detecta una adhesión a los modelos identificatorios propuestos por las familias de origen, los dos últimos descriptos presentan cierta capacidad de crítica y diferencias en la modalidad de ejercicio de la paternidad.

En la mayoría de los aspectos que han sido considerados por el patriarcado como definitorios de la masculinidad, la totalidad de los sujetos analizados repite normas, mandatos y estereotipos con escasas posibilidades de revisión. De este modo reproducen, de forma acrítica prácticas heredadas. Esta situación genera una subjetividad masculina empobrecida por la rigidez y la dificultad para cambiar de perspectiva. Surgen expresiones tales como: “antes era así, fui criado de ese modo, lo traigo de mi familia”.

Los padres de los entrevistados, en general habían estado ausentes emocionalmente y habían transmitido una crianza con comportamientos muy machistas, que luego ellos repiten. La autoridad de la casa había sido patrimonio de los varones. Ellos tomaban las decisiones, descalificando e inferiorizando a las mujeres, ejerciendo así una violencia simbólica sobre ellas. Una expresión ilustrativa es la siguiente: “un poco la modalidad de mi crianza fue pautada de esa manera, mi papá se desentendió porque estaban mis abuelos (....) mi papá muchas veces nos hacía lo que le hicieron a él. Mi familia fue así, mi abuelo era muy patriarcal, manejó su familia y la de sus hijos también” (Germán). Reconoce con cierta mirada crítica, la influencia de la identificación con esta figura, que transmitía el mensaje de obedecer aquello que los varones dictaminaban. Este aspecto tan impositivo en el vínculo con los otros, también se detectó con las entrevistadoras, ya que constantemente impuso los horarios o se demoraba, aludiendo a motivos personales.

Otro ejemplo es el de Esteban, quien lleva adelante prácticas que realizaba su familia de origen, sin interrogarse por el sentido y las consecuencias de las mismas. Afirma que no se discute lo que él piensa: “las cosas son así, mi padre me lo enseñó de ese modo, ya verán ustedes (refiriéndose a las entrevistadoras) que las cosas son como yo digo”.

Dos de los cinco integrantes de este grupo, intentan cuestionar algunos aspectos de esos modelos tradicionales, aunque esto queda circunscripto a lo discursivo y racional. Gregorio,

manifiesta no tener vínculo con su padre en la actualidad, por no avalar acciones violentas hacia su madre, que considera que se intensificaban a consecuencia del alcoholismo. Critica el machismo de su padre y su hermano y se exige ser un varón distinto al modelo identificatorio propuesto por las figuras masculinas de su familia. Sin embargo, repite inconcientemente modos de funcionamiento muy similares. Sostiene mandatos de la masculinidad tradicional, tales como la heterosexualidad y el ser padre, entre otros.

Sin embargo, logra estar más presente con sus hijos/as, atento a sus necesidades, cuidados y compañía, a diferencia de la experiencia con su propio padre.

El otro varón que pone en cuestión algunas representaciones sociales masculinas hegemónicas es Julio, quien menciona que no está de acuerdo con la asociación entre “macho y varón”. Intenta desidentificarse de esta equiparación, tratando de construir otro modelo con mayor presencia en el ámbito privado. Si bien valora el vínculo de apego como central en el desarrollo de la paternidad, conserva el estatus de jefe de familia de manera casi exclusiva.

Cabe señalar que dos de los cinco varones relatan situaciones muy complejas que han tenido que atravesar, las cuales por su impacto y magnitud, son consideradas traumáticas. Dante, en concordancia con su subjetividad tradicional, casi no muestra sus emociones. Su estilo de “macho” como modelo ideal introyectado, no le permite expresarlas y buscar contención frente a sus dificultades, tristezas y temores. Ello forma parte de la lógica patriarcal que ha disociado masculinidad y sensibilidad afectiva, reservando para el varón la razón, la fuerza y la independencia. Sin embargo, reveló su fragilidad al recordar a su madre y el sentimiento de orfandad que lo inundó cuando ella falleció, teniendo él 13 años de edad. Este acontecimiento derivó en una disgregación de la familia. Relata el modo en que su vida se transformó: “las comidas ya no eran como las de mi mamá, donde vivimos ya no era lo mismo, todo cambió, todo, todo. Los hermanos quedamos separados...” Con contacto emocional describe la soledad y el dolor que lo inundó. Manifiesta una actitud comprensiva y tierna hacia su padre, desbordado por la situación. Frente a este desvalimiento en la adolescencia ingresa primero a la marina y más tarde opta por la carrera policial como promesa de un futuro mejor. Se conjetura que la búsqueda de instituciones rígidas y militarizadas, tendría el sentido de un intento de salida de la orfandad, de la falta de contención y límites que describe en su contexto familiar, luego de la muerte de su madre. Cabe recordar que estas instituciones refuerzan y promueven subjetividades masculinas que encarnan los parámetros del modelo hegemónico.

Otro de los varones describe una situación de abuso sexual. Expresa: “yo tuve una infancia muy, muy difícil, tuve una infancia con abuso, violencia familiar, fue todo muy difícil, tenía 7 u 8 años, uno se miraba al espejo y decía a ver si soy afeminado por lo que pasó” (...) “Si me cruzaba de piernas, por ahí pensaba capaz estoy incitando a otro (...) Caminar y ver si no estaba caminando afeminado, la impotencia de no saber si iba a poder tener novia, hijos, a esa edad el

sexo era tabú, mis padres se enteraron y lo ocultaron por el tabú y eso no lo perdono nunca” (Gregorio).

El padecimiento de un abuso sexual desata toda una serie de dudas sobre su virilidad y la sospecha de haber sido feminizado. El temor que experimentó durante la adolescencia, en relación a no poder llegar a ser un varón heterosexual y capaz de procrear, da cuenta de la fuerza que tienen los mandatos prescriptos por el patriarcado, en la constitución de este tipo de masculinidades. Cabe señalar que el abuso no ocurrió dentro del seno familiar, pero si los hechos de violencia. Manifiesta: “uf, yo no tengo relación con mi papá mi viejo es machista y alcohólico, episodios con armas, golpes a mi mamá, a mí no me levantó la mano, pero no hacía falta, con la presencia inculcaba miedo”.

Se infiere que Gregorio siente que tuvo que reconstruir su masculinidad luego del abuso. A su vez muestra la exigencia de ser un varón distinto al que fue su padre y como una formación reactiva insiste en ser un hombre protector. Necesitaría de modo compulsivo ejercer la autoridad, con la fantasía de afianzar su hombría.

El relato de la reacción de sus padres ante el abuso revela déficits para contenerlo y acompañarlo. Se conjetura que estas dificultades de los progenitores, estarían atravesadas no sólo por conflictos intrapsíquicos, sino también por la incidencia de los estereotipos de la época. En función de prejuicios, consideraron que ocultando lo sucedido cuidaban y protegían la virilidad de su hijo. Esta situación podría haber reforzado las fantasías de Gregorio y la culpabilización por la situación vivida.

En cuanto al trabajo, más allá del tipo de actividad que desarrollan, lo perciben como un gran logro personal y social. De igual modo, se advierte la convicción de poseer capacidades relacionadas con el liderazgo, cualidad altamente valorada para su modelo de masculinidad. Sin bien respecto a sus familias de origen y a los modelos paternos han logrado un ascenso social significativo, este aspecto está sobredimensionado. Se posicionan en un lugar de poder, con la creencia que son los portadores del estatus social de los miembros de la familia.

Intentan además mantener un control en el ámbito privado, que si bien lo consideran como el lugar donde las mujeres deben desempeñarse, no toleran quedar excluidos.

La división sexual del trabajo se advierte en los cinco varones. De este modo, se pone de manifiesto que consideran las actividades domésticas como tediosas, rutinarias, obligatorias de la mujer y no valoradas por ellos. Todo eso formaría parte de ese trabajo invisible que no están dispuestos a hacer estos varones tradicionales, sino más bien a supervisar, controlar y a cuestionar, si consideran que no se realiza como ellos quisieran.

Un análisis aparte merece Esteban quien, al momento de la entrevista, se encontraba desempleado. Tener trabajo, para este modo de subjetivación tradicional, es equivalente a ser un varón fuerte, competente y valorado. En función de ello, esta situación de desempleo, ha

afectado de modo intenso su subjetividad. En su fantasía ha significado perder parte de su potencia y virilidad, así como sentir su masculinidad fragilizada y resquebrajada. Su narcisismo se halla lesionado, ya que en su espectro de ideales la condición de ser trabajador es definitorio de su identidad. Este duelo se encontraba con dificultades para su elaboración al momento de las entrevistas. Es por ello, que defensivamente el sentimiento de omnipotencia acompaña la negación de esta pérdida. Resulta significativo que se describa como el principal proveedor económico, desmintiendo la falta de trabajo.

### **A modo de conclusión**

Se detecta en estos cinco varones la identificación con mandatos e ideales que responden al modelo de masculinidad más tradicional que sostiene como emblema el patriarcado. En este sentido, se advierte la dificultad para realizar una revisión de estos aspectos de su subjetividad, ya que hacerlo involucraría su propio narcisismo. En este contexto, surgen fantasías relacionadas con quedar sumergidos en estados de desvalimiento psíquico, de vulnerabilidad y desamparo, que implican emociones muy difíciles de ser alojadas para su simbolización. Modificar estas posiciones masculinas rígidas, conlleva el tránsito por largos procesos de duelos, por disrupciones necesarias para la producción de nuevas prácticas, representaciones y significados en torno a la posibilidad de devenir en nuevos varones.

La lucha por permanecer aferrados al modelo hegemónico implica severos malestares y padecimientos, no reconocidos como tales. Sin embargo, se evidencian en una vida emocional muy empobrecida, vínculos distantes y la dificultad de elaborar proyectos compartidos con los/as otros/as significativos/as. Esta perspectiva egocéntrica, se traduce en la falta de empatía, es decir la dificultad para considerar la alteridad. En función de ello, se detecta un despliegue de violencias, más o menos explícitas, en sus distintas modalidades: simbólica, económica, sexual, psicológica y física.

En relación a la paternidad en dos de los sujetos entrevistados, se advierten mayores posibilidades de revisar estereotipos tradicionales intentando estar más presentes en el cuidado de los/as hijos/as. Sin embargo, es tan fuerte el mandato de varón proveedor, de jefe de familia, que la ternura que pueden expresar se ve muchas veces interferida por actitudes de control, de imposición de sus deseos, desconociendo por momentos la autonomía de sus hijos/as.

Para finalizar, cabe señalar que en todos ellos surgen expresiones que dan cuenta de un registro de los distintos cambios epocales, a los cuales tratan de aggiornar racionalmente sus discursos. Sin embargo, por el momento no se advierten posibilidades de transformar sus prácticas cotidianas, así como de revisar los privilegios que ostentan en el ejercicio de su masculinidad hegemónica. Ello implicaría un verdadero movimiento hacia la equidad y la igualdad entre los géneros.



Nota: Las expresiones que se encuentran entre comillas ( " ") son textuales de los entrevistados

### Referencias Bibliográficas

- Amorín Fontes, David. (2007). *Aduldez y masculinidad. La crisis después de los 40*. Uruguay: Psicolibros editorial.
- Bleichmar, Silvia. (2005): *La subjetividad en riesgo*. Argentina. Top a Editorial.
- Bonino, Mendez, Luis. (1998): Desconstruyendo la "normalidad" masculina. Actualidad Psicológica, 254, 25-27.
- Bonino, Mendez, Luis. (2002): Micromachismos: la violencia invisible en la pareja. Recuperado de: [https://www.joaquimontaner.net/Saco/dipity\\_mens/micromachismos\\_0.pdf](https://www.joaquimontaner.net/Saco/dipity_mens/micromachismos_0.pdf)
- Bourdieu, Pierre. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Benjamin, Jesica. (1995). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, Mabel. y Meler, Irene. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballo, Jokin. (2017). *Masculinidades y feminismos*. Barcelona: Virus Editorial.
- Dio Bleichmar, Emilce (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisistas de la feminidad*. España, ADOTRAF S.A.
- Dio Bleichmar, Emilce. (1997). *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Femenías, María Luisa. (2013). *Violencias cotidianas (en las vidas de las mujeres)*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.
- Fridman, Irene. (2019) *Violencia de género y Psicoanálisis. Agon as impensables*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Giberti, Eva. (2017). *Violencias y mujeres*: Buenos Aires: Novedue Ediciones.
- Meler, Irene. (1994). *Parejas de la Transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa*. En Revista Actualidad Psicológica. N  214. Buenos Aires, Argentina.
- Meler, Irene. (1996). *Estados depresivos en pacientes mujeres. La perspectiva de los estudios de género*. En Revista Subjetividad y Cultura. México. <http://subjetividadycultura.org.mx/>
- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, 1995.
- Segato, Rita. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia*. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Segato, Rita. (2017) *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Traficante de sueños.
- Spivak, Gayatri. (1987) In *Other Worlds. Essays in Cultural Politics* (New York: Methuen).

**KAIROS. Revista de Temas Sociales**  
**ISSN 1514-9331. URL: <http://www.revistakairos.org>**  
**Proyecto Culturas Juveniles**  
**Publicación de la Universidad Nacional de San Luis**  
**Año 24. Nº 45. Julio de 2020**  
**SECCIÓN: TEMAS LIBRES**

Tajer, Debora. (2009). *Heridos, corazones. Vulnerabilidad coronaria en varones y mujeres.* Buenos Aires, Argentina: Paidós.